

Ópera en América

Ópera en Canadá

por Daniel Lara



Joyce El-Khoury (Tatiana) y Gordon Binter (Onegin)

Foto: Michael Cooper

Eugenio Onegin en Toronto

Octubre 26. Después de una década de ausencia de su cartelera, la Canadian Opera Company presentó con gran éxito esta ópera de Chaikovski en la encantadora producción del director de escena **Robert Carson**, reuniendo un elenco con algunos de los más destacados intérpretes líricos canadienses. A cargo del protagonista de la ópera, **Gordon Binter** construyó un Onegin extremadamente rígido, frío y arrogante en el comienzo de la ópera, pero que iría evolucionando a medida que avanzó la noche y que terminó todo fuego y pasión en un electrizante dúo final, que si bien no logró conmovir a Tatiana, le permitió hacerse del favor del público, quien lo hizo acreedor a una ensordecedora ovación una vez caído el telón.

Junto a éste, **Joseph Kaiser** compuso un poeta Lensky sensible y entregado, con una voz radiante de tenor de rico lirismo, ágil emisión y homogénea línea de canto. Muy celebrada, su aria 'Kuda, Kuda...' lo reveló como un intérprete sensible y un músico exquisito. Por su parte, el muy juvenil Príncipe Gremin de **Oleg Tsibulko** cumplió sobradamente cualquier expectativa con un canto varonil, aristocrático y de graves de bello esmalte y una presencia de exultante autoridad.

En lo que respecta a las voces femeninas, a **Joyce El-Khoury**, la parte de Tatiana le calzó vocalmente como anillo al dedo y eso pudo apreciarse en la naturalidad, seguridad y solvencia con la cual se movió por la tesitura de la parte. Su escena de la carta fue uno de los momentos de mayor emotividad de la representación. En la escena, la soprano canadiense retrató con un importante bagaje de recursos histriónicos la evolución psicológica de la jovencita *naïve* y enamorada a la mujer firme ante sus obligaciones conyugales. Todo un lujo significó contar con **Varduhi Abrahamyan** a cargo del personaje Olga, parte a la cual su descollante vocalidad le dio una dimensión poco usual.

Tanto **Margaret Lattimore** como **Helene Schneiderman** tuvieron una muy buena nota como la nodriza Filípievna y la rica terrateniente Lárina, respectivamente. El resto de los personajes secundarios fueron cubiertos con gran profesionalismo por elementos locales, de quienes destacó particularmente el Triquet de **Christophe Mortagne**.

El coro de la casa, dirigido por **Sandra Horst**, mostró una sólida preparación en cada una de sus intervenciones. Desde el foso, **Johannes Debus** hizo un gran trabajo al frente de los músicos de la casa, realzando los momentos de mayor dramatismo de la partitura del compositor ruso.

A pesar de sus más de veinte años a cuestas, la minimalista producción escénica firmada por Carsen para el Met neoyorquino sigue deslumbrando como el primer día por su cuidada estética y su gran sentido teatral.

Hadrian en Toronto

Octubre 27. La Canadian Opera Company apostó fuerte al encargar y programar en calidad de estreno mundial dentro de su actual temporada la ópera *Hadrian* del talentoso compositor, autor e intérprete canadiense Rufus Wainwright.

Basada en la afamada novela *Memorias de Adriano* de la escritora belga nacionalizada estadounidense Marguerite Yourcenar, la trama de la ópera giró en torno a la historia de amor gay del emperador romano Adriano y el apuesto joven griego Antinoos en el siglo I, en plena Roma imperial, entrelazada con intrigas políticas, conflictos de alcoba y hasta situaciones sobrenaturales.

Bien narrado y teatralmente muy sólido, el libreto del dramaturgo **Daniel Macivor** apuntaló la muy inspirada, rica y sutil partitura de Wainwright, ofreciendo un espectáculo atractivo y atrapante que hizo olvidar sus casi tres horas de duración, y que además tuvo el mérito de convocar a un público mucho más heterogéneo que el habitualmente concurre a la casa.

La propuesta vocal fue todo un lujo, a comenzar por el veterano **Thomas Hampson**, quien absolutamente compenetrado con la parte del atormentado emperador romano, hizo una composición de monumental estatura tanto vocal como escénica. En lo estrictamente vocal, la partitura le brindó terreno fértil donde lucir una lozana voz que ha ganado en sonoridad con el paso del tiempo y una línea de canto que no ha perdido ni un ápice de la belleza y la homogeneidad de antaño y que lo han hecho famoso.

Como Antinous, el amante prematuramente muerto en circunstancias poco claras, el tenor **Isaiah Bell** ofreció una apasionada y segura interpretación, con una voz de delicado y suave timbre —que debió luchar contra el volumen de orquesta y a la que no siempre pudo ganar— y la que dotó de mucha intencionalidad en el tratamiento de las frases. No le fue en zaga, **Ambur Braid**, quien delineó a Sabina, la sufrida esposa del



Thomas Hampson (Hadrian) y Isaiah Bell (Antinous)
Foto: Michael Cooper

emperador, con unos medios vocales importantísimos, a los que unió unas facultades expresivas de primer orden.

Como las deidades: Trajano y su esposa Plotina, a quienes sólo el emperador Adriano puede ver y cuyas existencias se ven amenazadas por el avance de las creencias monoteístas, **Karita Mattila** y **Roger Honeywell** demostraron ser dos intérpretes excepcionales que infundieron gran profundidad psicológica a sus partes y extrajeron oro de cada frase que cantaron.

Por su parte, **David Leigh** cumplió sobradamente con las exigencias del militar Turbo, destacando por la calidez y la resonancia de sus medios vocales. Como Dinarchus, **Ben Heppner** exhibió mucho oficio y un agudo fácil, firme y sin fisuras. De los numerosos personajes secundarios, emergieron con luz propia el médico Hermogenes del siempre solvente **Gregory Dahl** y el Fabius del vigoroso **John MacMaster**.

El coro, al que la partitura concedió interesantes momentos de lucimiento, supo estar a la altura de las circunstancias. Al frente de la orquesta, **Johannes Debus** hizo una lectura equilibrada, llena de colores y de detalles musicales. Con sus toques simbólicos, sus elaboradas marcaciones escénicas, su multicolor vestuario y su muy acertada utilización de proyecciones, el director de escena **Peter Hinton** enmarcó de modo excepcional el desarrollo de la acción y sumó atractivo a la representación.



Myriam Leblanc (Gilda) y René Barbera (Duca)
Foto: Yves Renaud

Rigoletto en Montreal

Septiembre 22. Hubo muchos elementos destacables en la reposición de esta ópera de Giuseppe Verdi que arrancó la 39 temporada de la Ópera de Montreal. El punto de excelencia provino de la dirección musical del debutante director italiano **Carlo Montanaro**, quien, al frente de la orquesta metropolitana de la ciudad, ofreció una lectura vibrante, plena de dramatismo, de cuidado estilo y perfecta concertación. Su labor contribuyó a obtener el mejor rendimiento tanto de los cantantes solistas como de los miembros del coro, siendo un sostén indiscutible en el buen resultado final de la representación.

Vocalmente, el gran triunfador de la noche fue el tenor estadounidense **René Barbera**, quien concibió un Duque de Mantua ideal con una voz aterciopelada y de gran calidez, agudos de acero y un fraseo intenso y comunicativo que provocaron el delirio en cada una de sus intervenciones. En su debut en la parte del protagonista bufón del duque, **James Westman** hizo una caracterización de mucha dignidad, concibiendo un Rigoletto de mucho refinamiento y nobleza, con una voz lírica de gran belleza que manejó con facilidad y notables recursos técnicos.

Remarcable como Sparafucile, **Vartan Gabrielian** fue un sicario de gran solvencia, luciendo un bajo muy bien timbrado, intencionado decir y buena presencia escénica. En lo que respecta a las voces femeninas, todo hace suponer que **Myriam Leblanc** posee un futuro muy prometedor, pero habida cuenta de lo escuchado esta noche, la soprano pareció estar muy verde para asumir la parte de Gilda. Si bien su sensibilidad artística e inteligencia musical pudieron apuntalar y sacar a flote una caracterización de paupérrima hechura, nada pudo ocultar una preparación vocal que hizo agua por los cuatro costados. La Maddalena de **Carolyn Sproule** se impulsó por un canto intenso y exuberante que dejó ganas de escucharle mucho más. Los numerosos personajes comprimarios fueron cubiertos con solvencia por elementos locales y miembros del atelier lírico de la casa.

Sobre el escenario, la atractiva escenografía firmada por **Robert Dahlstrom**, proveniente de la Seattle Opera, situó la acción en la Italia fascista de los años 30, con gran inteligencia y eficacia. Al vestuario perteneciente a la casa deben reconocérsele sus méritos,



Julie Boulianne (Charlotte) y Antoine Bélanger (Werther)
Foto: Louise Leblanc

mas allá de que esté inspirado en el siglo XVI y se diera de patadas con la época en la que está situada la escenografía: un buen ejemplo de que lo barato termina saliendo caro.

La mediocre dirección de escena **Michael Cavanagh** aportó poco, recurrió sin sentido alguno a olvidables recursos vulgares y resaltó situaciones obvias. Afortunadamente, la escasa iluminación de **Anne-Catherine Simard-Deraspe** ayudó a que se viese poco de lo que sucedía en el escenario contribuyendo a que el público se concentrara en la vertiente musical, lo mejor de la noche.

Werther en Québec

Octubre 20. Un gran triunfo se anotó la Ópera de Québec con la reposición de esta ópera de Jules Massenet al inicio de su temporada 2018-19. Capitaneando el elenco vocal, el tenor **Antoine Bélanger** concibió un Werther de gran porte, con una voz de tenor lírico uniforme, bien esmaltada y de fáciles agudos, que condujo con buen bagaje técnico y a la que dotó de una expresividad a flor de piel a la hora de plasmar las contradictorias emociones de su atormentado personaje. Una dicción impecable, un canto *legato* de bella hechura y un intencionado y elegante fraseo redondearon una caracterización de altos vuelos del protagonista.

No le fue en zaga la emotiva Charlotte de **Julie Boulianne**, quien concibió su personaje con una voz de rico esmalte, suprema

elegancia en el decir y un canto ilimitadamente expresivo. Por la dimensión dramática que infundió a su personaje, su escena de las cartas fue el momento de mayor calidad vocal y uno de los más celebrados por el público.

Por su parte, el barítono **Hugo Laporte** retrató de modo contundente al personaje de Albert con una voz descollante, un soberbio refinamiento y una nobleza de acentos que le dieron a la parte un relieve mucho mayor al habitual. Perfectamente en papel, **Magali Simard-Galdès** fue una Sophie encantadora, extrovertida y juvenil que lució un bello timbre de soprano ligera, agilidad en las coloraturas y entrega en su composición escénica. El resto del reparto se movió en un nivel muy alto, destacando particularmente **Marcel Beaulieu** como el paternal Le Bailli.

La Orquesta Sinfónica de Québec bajo la dirección de **Jean-Marie Zeitouni** se lució dando sobradas muestras del alto nivel de calidad que puede alcanzar cuando está conducida por la batuta adecuada. La lectura de Zeitouni extrajo de los músicos sonidos de extrema belleza — sobre todo en los momentos más líricos de la partitura —, fue extremadamente atenta al estilo del compositor francés y tuvo cuidada atención de los cantantes.

La puesta en escena firmada por **Bruno Ravella**, de estética minimalista, un supremo buen gusto y muy logradas marcaciones de los cantantes, completó un espectáculo superlativo de una compañía que no deja de superarse día a día. ●